
REFERENCIAS

de publicaciones

**Francisco Alexander, edición y traducción,
Tu bata flotante de seda roja y oro
(50 poemas asiáticos de amor),
Madrid, Colección Visor de Poesía, 2011, 85 p.**

En la nota de presentación de este volumen, cuya primera edición data de 1965, Edwin Madrid, anota: “Francisco Alexander (Quito, 1910-1988), entre sus obras de traducción se encuentran: la versión castellana más completa de *Hojas de hierba* de Whitman, *Conquistador* de Archibald McLeish y la presente antología. Estudió música en los Estados Unidos de Norteamérica de donde regresó dueño de un inglés perfecto y fluido como se aprecia en sus traducciones”.

Madrid, también comenta que “En 1965, Alexander, explicaba que esta versión de sus *Cincuenta poemas asiáticos de amor* había sido hecha a partir de la traducción al inglés del orientalista y literato Edward Powys Mathers porque –decía– si vamos a esperar que surjan literatos españoles o hispanoamericanos que puedan hacer traducciones directas y hermosas, en su lengua, de poesías escritas en chino, japonés, birmano, sánscrito, afgano, indostaní, tibetano, persa, turco, árabe, simaés y mongol, como las que constan en la presente antología, probablemente nadie podrá leerlas jamás en español”.

“Sopla el viento del amor, vivificante –continúa Madrid– en esta poesía, del Japón extremado al Kurdistán, de la Manchuria a Camboya, de Turquía a la Arabia, donde, como en todas partes, por siempre, se rinde culto abnegado a ese ‘amor inmenso, tenebroso y dulce’ de que hablara Milosz y que es una de las pocas verdades que reconocen, parejos, todos los hombres”.

Jorge Aguilar Mora,
El silencio de la Revolución y otros ensayos,
México, Era, 2011, 195 p.

Jorge Aguilar Mora ha escrito, de nuevo –destacan los editores– un libro muy importante. Un libro que razona implacablemente contra la pereza crítica que sigue encerrando obras de enorme trascendencia literaria en la cárcel genérica de “Novelas de la Revolución”. Los ensayos aquí reunidos construyen un arco que va de *Los bandidos de Río Frío* a *Pedro Páramo* sin hiatos, sin pausas, sin esa miopía condescendiente que pretende apreciar los libros de los que se ocupa atribuyéndoles solo un valor testimonial o histórico.

Cuando se leen los secretos protegidos en ese arco, cambia la valoración tradicional de los muy conocidos y de los prácticamente olvidados. Aguilar Mora presta atención a lo que había permanecido silenciado o a lo que daba miedo oír: *El silencio de la Revolución*. Porque lee con rigor, con pasión, no atendiendo a lo que rumia la acumulación de las historias literarias sino a la verdad que dicen los libros. A los nombres archiconocidos de Martín Luis Guzmán o de Mariano Azuela –a quienes lee como no se les había leído nunca– Aguilar Mora agrega el de Nellie Campobello, ya rescatado del olvido por la edición cuidadosa de Era, y el de ese autor prácticamente borrado de la historia, Esteban Maqueo Castellanos. Finalmente, con el mismo tenor con el que rescata las voces que forjan corridos populares sobre Pancho Villa y sobre la vivencia única de la “bola” revolucionaria, exige el corazón de la primera mitad del siglo XX para la obra de Rafael F. Muñoz.

El silencio de la Revolución crea otra literatura mexicana, fundada en una lectura que sabe llegar tan lejos como el Barroco o tan cerca como el Modernismo; una lectura que no duda en dar rodeos por otras literaturas en busca de ejemplos y diferencias esenciales, de continuidades y de rupturas; una lectura donde las literaturas son la literatura y la digresión es generosidad, desvío indispensable y agradable.

Emociona –concluyen los editores– una crítica que está tan hondamente comprometida con el acto ético; que, lejos de estar gobernada por una teoría previa, la va forjando al dialogar con cada texto, desde las imágenes y su misterio. Emociona una crítica que desemboca en palabras tan nuevas como *alegría, fidelidad, salud, revolución*. Emociona un crítico que sabe que la poesía es absolutamente necesaria para pensar, para leer lo vivido y lo narrado.

**Modesto Ponce,
Los hombres sin rostro,
Quito, Campaña Nacional Eugenio Espejo
por el Libro y la Lectura, Colección Luna de bolsillo, 2012, 156 p.**

Los personajes de Modesto Ponce Maldonado (Quito, 1938) parecen buscarse a sí mismos. Por ello, los relatos no se ubican en el plano de las acciones, sino que se hunden en la espesa materia que es la vida de sus protagonistas. Todos parten de un momento cuya aparente calma es como la quieta superficie de una ciénaga. Pero en su profundidad habitan los demonios, amores, dolores, placeres y secretos que guardamos todos.

Con una prosa de expresiones dilatadas y morosas –como si el sentido eludiera al texto mismo–, la búsqueda se hace cuerpo en la voz de cada personaje. Todos tienen una historia que contar. Todos ocultan algo bajo el rostro.

**Raúl Vallejo,
Acoso textual,
Bogotá, Mondadori, 2012, 160 p.**

Bajo el sello Mondadori, en formato rústica, en 2012 se lanzó la edición colombiana de *Acoso textual*, novela del escritor y crítico ecuatoriano Raúl Vallejo. Sobre el texto, dicen los editores:

“¿Una? ¿Un? estudiante universitario explora su identidad inventando múltiples personalidades virtuales e intercambiando correos electrónicos con curiosos personajes, virtuales ellos también, alrededor del mundo. Así, <banano@wam.umd.edu> en ocasiones se presenta como un romántico en busca del amor, en otras es una posgraduada de ciencias políticas que problematiza las utopías socialistas del siglo XX, o se convierte en un explorador del placer del sexo virtual. Para cada uno de sus interlocutores cibernéticos tiene un género, un interés y una personalidad distintos. Es un ser andrógino como el lenguaje.

Ahora, <banano@wam.umd.edu> debe enfrentarse a sus propias preguntas: ¿Debo matar a las personalidades ficticias para encontrar mi identidad verdadera? ¿Debería convertir mis relaciones virtuales en realidades físicas? ¿Qué valor tiene la palabra virtual?

Acoso textual, novela pionera en la literatura hispanoamericana en el uso de correos electrónicos para relaciones epistolares, nos ubica en un espacio virtual en que las personas se construyen a sí mismas con las palabras que van y vienen a través de internet”.

Sobre la novela, la crítica Alicia Ortega señaló en la presentación del 17 de septiembre de 1999, en *Libri Mundi*, en Quito: “La ficción de la palabra devela por un momento la ilusión de plenitud, de vida compartida, de esperanza gozosa, “esa necesidad de creer que la palabra desparramada tendrá algún valor cuando sea recogida”. *Acoso textual* en cierto sentido es también una novela de amor; amor virtual, amor imaginario. En suma, el amor que enfrenta a los seres finalmente consigo mismos, con sus propios relatos inventados para seducir al otro, con sus propias palabras que le devuelven la realidad vacía. “el ser humano es un manojito sorprendente de soledades y pérdidas amorosas”, concluye banano en alguna reflexión”.

Esa misma noche, el escritor Abdón Ubidia, señaló que: “Lo que importa de esta novela es que vuelve a las fuentes originarias de la literatura, a las preguntas esenciales acerca de la condición humana, a lo que de intemporal y eterno ella tiene. [...] su escritura diáfana, esas explosiones de gran literatura que contiene, su sólida estructura narrativa, la mesura y sabiduría de su autor”.

La novela, publicada en Cuba (2009) y Argentina (2011), ahora está en las librerías de Colombia, siempre en búsqueda de lectores que aprecien el valor de la palabra en una época de existencias virtuales que han olvidado el sentido de la realidad de la piel humana para extraviarse en los vericuetos del ciber espacio.

Manuel Bilbao,
El pirata del Guayas,
Quito, Campaña Nacional Eugenio Espejo
por el Libro y la Lectura, 2012, 167 p.

Esta novela cuyo autor, Manuel Bilbao, nació en Chile en 1827, se publicó por primera vez en 1855 –siendo posiblemente la primera escrita en el Ecuador, aunque no por un ecuatoriano– y tuvo tres ediciones hasta 1904, lo que devela el interés que suscitó. El lector encontrará, más allá de aventuras piráticas, un retrato, tangencialmente elaborado, de un período extremadamente convulsionado del Ecuador naciente.

La historia que cuenta –la fuga de unos reos desde Galápagos hasta Guayaquil– ocurrió realmente y es, además de deliciosa, inverosímil; y por este motivo, así como por su importancia contextual y su actualidad, su reedición se ha hecho necesaria.

**José María Vargas Vila,
La muerte del cóndor,
Bogotá, Embajada del Ecuador en Colombia, 2012, 175 p.**

El proceso revolucionario liberal, del que fue su líder, modificó sustancialmente la constitución del Estado nacional ecuatoriano: consolidó la separación del Estado y la Iglesia, promovió la transformación del modo de producción que aún se basaba en formas de explotación feudal, institucionalizó la educación pública, laica y gratuita, y amplió los derechos civiles de la ciudadanía. Eloy Alfaro Delgado, nacido en Montecristi, provincia de Manabí, el 25 de junio de 1847, también fue un latinoamericanista que luchó por la independencia de Cuba y sostuvo, en 1898, la necesidad de crear el Derecho Público Americano para confrontar el uso imperialista de la Doctrina Monroe por parte de los Estados Unidos.

El asesinato de Eloy Alfaro, ocurrido en Quito, el 28 de enero de 1912, es un crimen abominable que, según Pío Jaramillo Alvarado, en su alegato fiscal de 1919, fue permitido por el gobierno de Carlos Freile Zaldumbide e instigado por cierta prensa oficial y oficiosa al servicio de los intereses de la naciente oligarquía plutocrática. La muerte de Alfaro es un ejemplo histórico de la alianza de los poderes fácticos que jamás han desdeñado el cometimiento de crímenes atroces para consolidar sus ambiciones políticas y económicas.

José María Vargas Vila y Eloy Alfaro se conocieron en el destierro en Nueva York que padecían junto a José Martí. Ahí, según el historiador colombiano Gonzalo España, Vargas Vila incorpora a Alfaro, a pesar de que este no tuvo la escritura entre sus talentos, a la revista *Hispanoamérica*, que aquel fundara. Años más tarde, cuando la Revolución liberal triunfa en Ecuador, Alfaro nombra a Vargas Vila como representante del Ecuador en el Vaticano. Después, los amigos siguieron cada quien su rumbo: Vargas Vila aburguesado en Europa, Alfaro construyendo en Ecuador una nueva patria.

En eso sucedió *la hoguera bárbara*, como la llamó Alfredo Pareja Diez-canseco.

José María Vargas Vila, indignado por el horrendo crimen del que fue víctima Eloy Alfaro, publicó en 1914 *La muerte del cóndor*, texto biográfico de estilo vanguardista en el que la expresión poética se funde con la narración de la palabra combativa, centrado en el asesinato de Alfaro. A cien años del crimen, la Embajada del Ecuador en Colombia ha reeditado este libro, que fue presentado el miércoles 12 de septiembre en Bogotá, en el Gimnasio Moderno, y el viernes 14 en la VI Fiesta del Libro y la Lectura de Medellín. Próximamente, será presentado en Cali, en donde existe un monumento a Alfaro, que ilustra la portada de esta edición, erigido en el barrio Obrero, en la tercera década del siglo veinte.

Esta edición conmemorativa ratifica el compromiso con la memoria histórica de nuestra América y con la necesidad de mostrar a los colombianos un ejemplo literario de los lazos políticos y culturales que han unido a Ecuador y Colombia a lo largo del tiempo.

**Xavier Oquendo Troncoso, edit.,
Antología de la poesía ecuatoriana contemporánea.
De César Dávila Andrade a nuestros días,
México, La Cabra Ediciones/El Ángel Editor, 2012, 2a. ed., 575 p.**

En la nota de presentación de este volumen, los editores señalan: Dede *el extraño cruce de una línea imaginaria con los Andes y el Pacífico* –como ha dicho Vladimiro Rivas Iturralde–, la poesía del Ecuador emerge fuerte y contundente.

A partir de dos referentes ineludibles de la poesía ecuatoriana –César Dávila Andrade y Jorgenrique Adoum– Xavier Oquendo Troncoso asume el reto y apuesta por el hecho de conjuntar en esta obra las voces reconocidas más allá de las fronteras ecuatorianas y aquellas que, por las características propias de ese país andino –geográficas, sociales, literarias–, podrían aparecer como no dictaminadas por el canon literario, pero que sin duda alguna deben ser escuchadas.

Dividida en siete grandes ejes temáticos –filosofía y concepto, erotismo e intimidad, humanismo y sociedad, experimento y novedad, la experiencia, contemplación e imagen, y lo urbano e impersonal–, la antología está conformada por noventa y nueve poetas (setenta y cuatro hombres y veinticinco mujeres) nacidos entre 1918 (César Dávila Andrade) y 1980 (María de los Ángeles Martínez). El resultado es un conjunto de voces que va desde el tono conversacional a intimista y las expresiones confesionales, la diafinidad filosófica y la experiencia urbana. El recorrido nos lleva por las formas expresivas vinculadas al lenguaje coloquial, al experimento, los epigramas, los poemas descriptivos, los micropoemas y los de largo aliento. Un abanico multisémico que convierte a esta antología en un volumen imprescindible para el conocimiento de la poesía ecuatoriana y latinoamericana.

Renata Égüez, comp.
Tiros de gracia. Neoficción ecuatoriana,
Quito, Campaña Nacional por el Libro
y la Lectura “Eugenio Espejo”, 2012, 195 p.

Este libro recoge doce cuentos de autores ecuatorianos nacidos entre 1975 y 1983. No se trata de una generación definida por una misma manera de ver el mundo y el oficio de la escritura, aunque compartan ciertas preocupaciones. Es más bien un vistazo a la polifónica obra en marcha de los narradores ecuatorianos que, hoy en día, no llegan a los cuarenta años.

Como menciona la antóloga Renata Égüez: “Lo manifiesto en sus textos es, más bien, la facilidad con la que entran y salen de sus referentes, atan y desatan los dilemas humanos de sus personajes en entornos físicos o psicológicos, identificables o entrevistados; y la manera en que adoptan las virtualidades de la realidad, con los matices que esta conlleva.

Los autores incluidos en esta muestra son: Edwin Alcarás, Bolívar Lucio, Esteban Mayorga, Silvia Stornaiolo, Miguel Antonio Chávez, Jorge Izquierdo, Yanko Molina, Andrés Cadena, Eduardo Adams, Elías Urdánigo y Solange Rodríguez Pappé.

Hernán Luzuriaga,
Algún día despertarás,
Buenos Aires, Final Abierto, 2012, 168 p.

Algún día despertarás, anotan los editores, primera obra publicada de Hernán Luzuriaga (Argentina, 1968), se caracteriza por un lenguaje sencillo y claro, mediante el cual pinta la sociedad argentina en simples pinceladas. La obra navega entre dos aguas: la autobiografía y el registro de la ficción. La necesidad de dar testimonio de una vida, no importa qué tan anodina o insignificante sea, es el impulso que guía a su autor. La primera encierra el peligro de agotarse en la mera confesión, la segunda invita a apoyarse en una tradición, a elegir los precursores y una forma de contar.

Martín Paredes, *alter ego* del autor, es el protagonista de un viaje que abarca los últimos cuarenta años de historia argentina. El resultado del periplo es un aprendizaje, en primer lugar sobre su propio deseo, y el puerto de arribo, la melancolía, por lo que uno quiso ser y no fue, por el mundo soñado que quizá nunca sea. La impronta costumbrista es imputable a la temprana fascinación del autor por

la obra de Manuel Puig y les cabe a los lectores juzgar si la apuesta estética pasa la prueba o no.

Abundan aquí las citas textuales, algunas apócrifas y otras auténticas, tomadas de diversas fuentes (la historia de la psiquiatría, Jorge Luis Borges, Edmund White) y también las alusiones a las “vacas sagradas” del panteón local, que el lector podrá intuir. Hernán Luzuriaga, al igual que un cazador furtivo, se apropia de aquellos relatos que lo fascinaron, los reelabora y los hace pasar como propios, mediante el recurso a los artificios de la literatura.

Ernesto López Diez,
El palacio de cristal. Antología (1893-1942),
edición, introducción y notas de Cristóbal Zapata;
epílogo de Marco Tello,
Cuenca, Ediciones de la Lira, 2012, 313 p.

Ernesto López Diez (Azogues, ¿1868?-Cuenca, 1963), es, según los editores, uno de los “raros” de la literatura ecuatoriana. Autoexiliado en su propia torre de marfil (en Bolívar 12-56 y Tarqui, en la ciudad de Cuenca), vivió solo hasta el día de su muerte. En los años 20, su exquisita mansión –concebida como una suerte de mirador–, a la que en varios poemas llamó el “Palacio de Cristal”, fue la sede de la “Fiesta de la Primavera”, una celebración artístico-literaria anual a la que asistían los jóvenes modernistas cuencanos, quienes reconocieron su diferencia y su magisterio. Heredero de una importante fortuna, hizo de la filantropía su segunda vocación y legó sus bienes a la Fundación San Vicente de Paul, de la que fue su Presidente Honorario.

Sostiene el editor y prologuista de este volumen, Cristóbal Zapata, que “La presente antología de textos de Ernesto López Diez tiene tres partes: la primera está dedicada a los poemas que publicó en las más disímiles revistas de su época, y a unos pocos inéditos, encontrados entre sus manuscritos; la segunda es una selección de su libro *Versos blancos*, publicado en 1926, selección que –salvo alguna interpolación que consideré oportuna– sigue el orden dispuesto por el autor e integra los apartados que lo conforman originalmente. La última sección está dedicada al relato lírico ‘Caballero andante del Azul’, que a pesar de su prosa ardua y ampulosa, considero de gran importancia para entender uno de los móviles fundamentales de su proyecto vital y literario: el viaje a las alturas, ‘el vuelo mágico’ ”.